



Semana de Pastoral 2010 (I)

La palabra es la característica esencial del profeta, que es llamado a ser testigo de la voluntad de Dios ante su pueblo. Pero Jeremías es joven cuando recibe la misión profética; tenía unos 22 años y carecía de autoridad. La respuesta de Dios al temor de Jeremías muestra con claridad la naturaleza de la misión profética: “a donde yo te envíe, irás, y lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte”. Yahvé es el único responsable de lo que el profeta tiene que decir y está con su mensajero para librarle.

Esta misión la expresa Dios con la acción simbólica de tocar la boca del profeta y con la declaración de su significado: “Mira, yo pongo mis palabras en tu boca”. En las vocaciones proféticas de Isaías, Ezequiel y Daniel tiene lugar un gesto semejante, que expresa la misma convicción: la entrega que Dios hace de su mensaje al profeta.

El profeta Jeremías se preocupa profundamente por su pueblo, se identifica con su sufrimiento y lo llama repetidamente al arrepentimiento; critica duramente su pecado y pronuncia amenazas de castigo. En efecto, Jeremías considera que los israelitas son ciegos para ver lo que significa ser el pueblo de Yahvé. Se apartan de las exigencias de la alianza y escogen la muerte en vez de la vida. Abrazan el engaño y rechazan la verdad. Jeremías les insta a reflexionar sobre sus orígenes, a reconocer quiénes son y a volver al Dios que les dio la vida. Pero el profeta está seguro de que sólo la actuación de Yahvé puede superar la impotencia del pueblo para guardar la alianza. Sin la intervención divina, no hay esperanza de que se produzca el cambio del corazón que necesitan para vivir como pueblo de Dios.

Pablo tiene conciencia de haber sido llamado a un ministerio de la luz que Dios creador hace de brillar del seno de la tiniebla. Esta luz ha brillado ya en los corazones de los cristianos, *“para que nosotros iluminemos, dando a conocer la gloria de Dios, reflejada en Cristo”*.

Frente a los adversarios que desvirtúan el contenido del Evangelio y han denigrado su ministerio, el apóstol rechaza toda ocultación del mensaje debida a vergüenza, astucia o adulteración de la Palabra. **Es posible que algunos predicadores intentaran hacer más aceptable el Evangelio, adaptándolo a los deseos de sus oyentes;** pero Pablo sólo se quiere recomendar a sí mismo por la manifestación de la verdad en las conciencias que están en la presencia de Dios y tienen capacidad de discernimiento por amor a la verdad. A la objeción de que esta forma de proceder de Pablo puede privar a mucha gente de aceptar el Evangelio, el apóstol responde que aquellas personas no son de Dios; el “dios de este mundo”, les impide ver la gloria del Evangelio de Cristo, que es imagen de Dios verdadero. Si tiene que predicar a Jesucristo como el Señor, **tiene que olvidarse de sí mismo y adoptar el estilo de Cristo como “siervo”**. Por ello,



Pablo afirma con fuerza: *“Nosotros no nos predicamos a nosotros mismos, predicamos que Cristo es Señor, y nosotros siervos suyos por Jesús.*

Si el ministerio de luz es llevado en lámparas de barro, queda claro que el poder de convertir a la gente viene de Dios y no de su ministro. El apóstol, como Jesucristo, ha sido afligido, confundido, perseguido y abatido, pero sólo en cierto modo. Pablo ha llevado en su cuerpo por todas partes la muerte de Cristo, en orden a que la vida de Jesús se pueda mostrar en él como se mostró en la resurrección de Cristo.

El texto del Evangelio de Juan explica ahora en términos teológicos el mensaje expresado en lenguaje simbólico en el pasaje precedente de la vid y los sarmientos. La permanencia en Cristo es comprendida como permanencia en su amor, originado en el del Padre. Los frutos a los que Jesús ha destinado a sus discípulos aluden a la imagen de la vid y los sarmientos; el éxito de la oración viene expresamente afirmado. El Padre que ama es el que da lo que se le pide en nombre de Jesús. El amor del Padre y de Jesús es la garantía de alcanzar los dones que necesitamos.

El amor es el origen y principio de la relación entre el Padre y el Hijo; y es también el motivo y el término de comparación en la relación que ha de existir entre Jesús y sus discípulos. El Padre es la fuente del amor que Cristo siente por los suyos; este amor es, en realidad, reflejo e imitación, del amor con que Cristo se siente amado. La permanencia en esa relación de amor se consigue con una obediencia como la del Hijo. Lo mismo que para Jesús, para el cristiano amar y guardar los mandamientos es una misma cosa. Pero lo que en Cristo es meta conseguida, es para el cristiano meta por conseguir; y en el esfuerzo por conseguir esta meta, el ejemplo del Hijo es estímulo y fuente de la actividad de los creyentes.

La alegría que Jesús siente como propia, en la obediencia y el amor, será también alegría plena de los discípulos fieles. Ante un Cristo que se ausenta de ellos, los cristianos sabrán conservar la alegría si se aman: la obediencia debida al Señor se identifica con el amor mutuo; el gozo de vivir acompaña la vida fraterna, hasta que vuelva el Señor. La medida de ese amor fraterno, que no es libre por ser objeto de mandato, tampoco está al arbitrio del discípulo: **el amor del cristiano tiene el amor de Cristo como norma y límite; la muerte voluntaria de Jesús es para el discípulo el modelo para entregar la propia vida.** El amor de Cristo es distinto de aquel con que se aman los hombres. El cristiano, mientras tenga vida, deberá amar a su hermano; y tiene incluso que perder la vida con tal de no dejar de amar. La disponibilidad para hacer la voluntad del Padre puede llevar, pues, hasta dar la propia vida por los amigos; y **esta entrega de la vida no limita la alegría del que obedece por amor.**

Como amigos llamados a la intimidad con el Señor, los discípulos conocen la verdad y la voluntad del Padre. El siervo recibe órdenes, el amigo, intimidad. La nueva relación que existe entre Jesús y los suyos se basa ahora en la participación de los discípulos en sus planes, en el conocimiento de su programa, en las confidencias compartidas y no en el conocimiento natural o en la opción propia de los discípulos por Jesús. La iniciativa



no ha sido de ellos; aunque tenga que haber reciprocidad, no hay igualdad; los discípulos han sido elegidos y destinados, seleccionados y puestos ante la tarea de dar ante el mundo el fruto permanente del amor al hermano como Jesús los ha amado.

Puesto que no han elegido ellos, sino que fueron elegidos; porque no son ya siervos sino amigos; porque ya no ignoran sino que saben su destino, se les puede ordenar el amor. Sólo a quien se le da a experimentar amor, puede exigírsele que ame. Ser amado ya impone tener que amar.

“Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos”. Se trata de la amistad de un grupo de amigos que se mantiene unido por la disposición del “fundador” a dar su vida por ellos. El amor de Jesús hasta este extremo obliga a las personas en la comunidad a una permanente fidelidad en la observancia del mandamiento: *“que os améis unos a otros como yo os he amado”*

Permaneciendo en la unidad con el Señor, basada en su Palabra de la verdad, y dando testimonio del amor con el que Jesús nos ha amado, conocerán todos que somos discípulos suyos.

La unidad y el amor son condiciones necesarias para nuestra capacidad de ser testigos auténticos del Evangelio y, previamente, para mantenernos con gozo y esperanza en la fidelidad a la misión recibida.

Al iniciar una nueva sementera, en condiciones tan poco favorables del terreno, hemos de aprender a alegrarnos y a encontrar nuestra satisfacción en la siembra misma, en gratuidad, en esperanza, sin angustia por el fruto que vamos a cosechar. La alegría en la siembra es el primero y más decisivo fruto del trabajo del sembrador, que orienta su tarea en la palabra del Señor: Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da fruto abundante.

El Decreto *Presbyterorum ordinis* ha puesto la identidad del presbítero en la caridad pastoral como principio unificador de la existencia y del ministerio sacerdotal. Se trata de una identidad dinámica, que ha de construirse día a día superando las paradojas características de la existencia sacerdotal, que el propio decreto conciliar ha expresado en los siguientes términos: “No podrían ser testigos de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida más que la terrena, pero tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran extraños a su vida y sus condiciones”.

Esta paradoja está llamada a iluminar la que ha de vivir cualquier cristiano en el mundo de hoy: estar en el mundo, sin ser del mundo.

La secularización interna de la Iglesia y el laicismo que padece nuestra sociedad no son realidades ajenas a la vida concreta de los sacerdotes. Para bien y para mal, somos hombres de esta generación, ya sea porque unas veces sucumbimos a su poderosa influencia, o porque en otras respondemos desde un rechazo frontal, o bien porque intentamos realizar un diálogo fecundo con ella, aunque sólo sea de forma silenciosa y



escondida en nuestra propia vida. Por otro lado, la cultura actual tiene tal incidencia en el sacerdote que puede escindir su vida en los fundamentos humanos, necesarios para vivir con fruto y con gozo la existencia sacerdotal.

Los sacerdotes vivimos en el mundo, somos mundo; y la cultura actual nos afecta profundamente, de forma consciente o inconsciente. Y nos afecta hasta tal punto que si queremos ser fieles a nuestro ser y a nuestra misión, nos experimentamos en nuestra vida cotidiana como si estuviéramos divididos, escindidos, fragmentados. Como ejemplos posibles de esta escisión, podemos mencionar los siguientes:

- La actitud fundamental de nuestra vida sacerdotal vivida desde la fidelidad y la perseverancia, en un mundo donde los medios de comunicación en general promueven una infidelidad sin remordimientos, que corroe los compromisos duraderos por el empuje de la búsqueda exacerbada de experiencias inmediatas;
- la necesidad de afirmar el carácter eclesial de nuestra vocación y la comunión como forma fundamental de nuestra vida, en una cultura marcada profundamente por el individualismo y la soledad;
- el compromiso de una vida obediente y dócil a la palabra de Dios discernida en la Iglesia y mediada por las autoridades competentes, en un mundo donde la libertad autónoma es sagrada y el yo es convertido en un absoluto;
- el celibato y la pureza de corazón, frente a la tendencia a la posesión y al dominio;
- la afirmación con la vida, gestos y palabras de la existencia cercana de Dios y de su absoluta trascendencia, en un mundo que vive instalado de hecho en el ateísmo práctico y en la idolatría.

Es muy conveniente que los sacerdotes seamos conscientes de nuestra situación y constatemos este riesgo de escisión en nuestra vida; y es de desear que comprendamos este riesgo como una posibilidad de gracia y maduración evangélica personal, así como de apertura de caminos de evangelización; en primer lugar, en nuestra propia vida. Nuestra responsabilidad es convertir estas tensiones en ocasión de gracia para nosotros y para los destinatarios de nuestro ministerio. **Nuestra existencia puesta a prueba ha de ser un lugar privilegiado de la realización del hombre y de la revelación de Dios.**

El presbítero ha de evangelizar, en primer lugar y ante todo, desde lo que él es, desde su existencia concreta, convirtiendo su vida en signo y sacramento vivo del encuentro de Dios con los hombres.

El hombre de hoy se experimenta a sí mismo profundamente dividido y escindido. Y su mayor tentación consiste en instalarse en esa situación como si fuera su realidad última, su condición necesaria, su situación intocable e inamovible. En esta situación, nuestra



vida sacerdotal ha de ser un ejemplo vivo de que la escisión existencial que a todos nos afecta puede ser vivida de otra manera.

Si los sacerdotes asumimos la división interior que vive todo hombre en la sociedad actual, y la purificamos y trascendemos, podremos hacer de nuestra frágil y amenazada existencia sacerdotal un lugar concreto y actual de encuentro entre el hombre y Dios; no de manera teórica, sino desde la vida, que es el lugar en el que se produce el debate real del evangelio con la cultura contemporánea,

La existencia sacerdotal ha de ser lugar de evangelización, donde otros hombres puedan aprender que aquello que aparentemente nos divide y nos escinde interiormente puede ser lugar de realización plena de nuestra humanidad y revelación del misterio del Dios encarnado en la fragilidad de nuestra carne. **La primera evangelización que el sacerdote ha de realizar en el mundo de hoy es a través de su propia vida: que ella sea realmente signo visible de la humanidad de Dios.**

Para ello, hemos de discernir qué realidades de nuestra vida se encuentran más expuestas al impacto de la cultura actual y pueden llevarnos al fracaso, si no trabajamos en nuestro cuerpo, alma y espíritu para convertirnos en mediaciones de humanidad reconciliada, en creadores de puentes para otros. Sólo si estamos realmente unificados y reconciliados en nuestro ser personal, podremos presentarnos ante los demás para realizar una tarea de reconciliación en una sociedad dividida y de unificación de una existencia personal disgregada.

De esta manera, nuestra existencia sacerdotal podrá ser palabra de Dios hecha carne y testimonio de vida nueva en Cristo para el hombre de hoy. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino que anunciamos que Cristo es realmente el Señor de nuestra vida y nos hace libres para ser servidores de todos por amor. Así, a pesar de ser frágiles lámparas de barro, podremos iluminar, reflejando en nuestra vida la gloria de Cristo, que él mismo nos ha dado a conocer.